

Años despues, otro guerrero de glorioso renombre, inclina tambien su frente coronada de laureles, ante las puertas del templo de Jehovah. La triunfadora Roma, señora ya del Oriente por la muerte de Mitrídates, envía á sus legiones á las órdenes de Pompeyo, quien pone sitio á la ciudad santa, y despues de obstinada defensa de tres meses, la toma é invade hasta el Santuario. Y sin embargo, el orgulloso vencedor, adora al Dios verdadero en su templo: y como en otro tiempo Alejandro, le ofrece imponentes sacrificios: y con esto el triunfador se trasforma en religioso peregrino, que adora y sacrifica en representacion de la ciudad eterna.

Lo expuesto basta para dejar establecido que, durante el período de la Ley escrita, las peregrinaciones religiosas fueron practicadas en la Iglesia judaica; y que los mismos lugares santos que atraian á los descendientes de Jacob, llamaban tambien la atencion y excitaban la piedad de muchos gentiles de recto corazon y buena voluntad, que de luengas distancias venian á adorar al Dios de Abraham en el Tabernáculo de Silo y en el Templo del Monte Mória.

Y tambien es de tenerse en cuenta que el pueblo judío, el mas apegado á sus tradiciones nacionales y religiosas, jamás echaba en olvido los hechos gloriosos eternizados por bellas páginas históricas escritas en los corazones; y siempre profesó religiosa devocion á determinados lugares fuera del Tabernáculo y del Templo, que conservaban apegado el recuerdo de acontecimientos verdaderamente portentosos. El paso del Mar Rojo, la promulgacion de la Ley en el Sinaí, el manantial abierto por la vara de Moisés en la peña de Horeb, la muerte del Legislador-Profeta en las alturas del Monte Nebo sobre la cumbre del Phasga, estos acontecimientos imprimieron un sello de santidad á los lugares en que tuvieron lugar, y debieron ser visitados frecuentemente y con religiosa piedad por los hijos de Israel, y aun más en las épocas de sus desventuras; porque nada como los infortunios presentes nos impele á buscar las ruinas de una felicidad perdida, para llorar sobre ellas. "No puede dudarse, dice un historiador, que desde el paso de los Israelitas hasta la Era Cristiana, el Sinaí, y todos los valles que le rodean han sido objeto de una veneracion sostenida en mucha parte por las tradiciones." Y hay un hecho que pone fuera de toda duda esa persistencia en el pueblo judaico de sus tradiciones y del culto que tributaron siempre á los lugares santificados

por ellas. Todavía en el siglo IV de nuestra Era tenian lugar prácticas supersticiosas judaicas, mezcladas con gentilismo, en el sitio llamado *del Terebinto* ó de la *Encina de Mambré*, cuya celebridad data de los dias de Abraham.

## CAPITULO V.

### LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSO-JUDAICAS DESPUES DE LA ABOLICION DE LA LEY ESCRITA.

Posteriormente á la promulgacion del Evangelio, la antigua Salem fué todavía visitada por piadosos viajeros, que no teniendo conocimiento de la Buena Nueva, buscaban al verdadero Dios en el templo grandioso que, por tantos siglos, habia cobijado bajo sus artesonados de oro la gloria de Jehovah.

En los comienzos de la propagacion del Cristianismo, el valido de la reina Candace de Etiopia, vino á adorar al Señor en Jerusalem, y regresaba á su país, llevando consigo un ejemplar de los libros santos; y haciendo su camino, leia al Profeta Isaías. La rectitud de su intencion, ó mejor dicho, la divina misericordia, hizo que su piadosa peregrinacion le proporcionara el conocimiento de la verdad evangélica, mediante la enseñanza del diácono Felipe, enviado al efecto por el espíritu del Señor. De esta manera, el que con recta intencion leia á un Profeta sin comprenderlo, recibió la enseñanza de la verdad profetizada, y ya realizada: el que vino á venerar la verdad en figura, llevó en su corazon la consumacion de toda verdad; y sobre su frente el sello de la fé, mediante la ablucion de las aguas del bautismo. (Act. VIII, 27.) Elena, viuda de Monobase, rey de Adiabena, en los confines del imperio romano y del de los Partos, convertida del gentilismo al mosaísmo, hizo una peregrinacion al templo de Jerusalem, en la cual tuvo ocasion de socorrer profusamente á los judíos de la Palestina, en el hambre ocurrida en tiempo del emperador Claudio (año 54 á 58 J. C.), azote que habia sido vaticinado por el Profeta Agabo. (Act. XI 27. 28.)

En cuanto á los restos dispersos del pueblo judaico, de donde quiera que se encontraran affuian á la ciudad santa en peregrinacion al templo del Dios de Jacob; aún despues de per-

dida su autonomía y nacionalidad; llevando consigo numerosos prosélitos de todo pueblo, lengua y region. Porque desde la cautividad de Babilonia, los hijos de Israel se habian dispersado por todo el Oriente; y despues de la destruccion del imperio de los Persas y Medos por Alejandro el Grande, se encontraban judíos en todos los dominios de los sucesores del fundador de Alejandro; ya lo fueran de origen y raza, ya gentiles convertidos al mosaísmo. Por esto aconteció que en la fiesta de Pentecostés inmediata á la Ascension de Jesucristo, se encontraran reunidos en Jerusalem peregrinos de tan distantes procedencias y lenguas, como son las que mencionan las Actas de los Apóstoles: «Parthos, medos y clamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Phrigia, de Panphilia y el Egipto, los de Libia confinantes con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes. (II. 9. 10. 11.)

Y aún despues de la destruccion del Templo santo por Tito (8 de Agosto del año 70 de J. C.); aún despues de la total ruina de la ciudad de los profetas (año 134 J. C.) por Adriano, los judíos de todas partes continuaron sus peregrinaciones á la antigua Salem: teniendo que contentarse con divisar de léjos sus derruidos muros, y derramar lágrimas á la vista de las ruinas sobre que estaban plantados los signos idolátricos, cuya presencia consumaba la profanacion y la desolacion: desolacion que llegó al extremo de hacer olvidar en el mapa del imperio romano el nombre de Jerusalem (*Vision de paz*) sacrilegamente sustituido por el de *Elia Capitolino*. Y sin embargo, los infortunados hijos de la promesa, continuaban regando con su llanto los olvidados caminos cubiertos por la yerba, que conducian á unas ruinas escondidas bajo el musgo, luctuoso emblema del olvido.

En siglos posteriores, los judíos de toda la tierra, cuando sus facultades se lo permiten, viajan al país de sus antepasados, para llorar allí las desventuras de su pueblo, ó para comprar seis piés de tierra en el Valle del Juicio (*Valle de Josaphat*), donde dormir el sueño largo entre las cenizas de sus progenitores. Corrieron los siglos. . . . y los romanos con su profanadora idolatría, los griegos con su falsía proverbial, los persas adoradores del sol, los árabes de sangre ardiente como sus desiertos, los tártaros de movibles casas, los cruzados de fé tan templada como sus aceros, los turcos ébrios de lujuria

de carnaje y de victorias, enseñoreados sucesivamente de la ciudad de Melquisedec, han visto, á su turno, á los descendientes del pueblo escogido llegar peregrinos á sus puertas, oprimidos bajo el peso infinito de la sangre del Justo, á exhalar su postrer suspiro allí mismo donde la Víctima santa de sus padres deicidas pidió para ellos la esperanza y el perdon.

Aún hoy mismo, en este siglo de la audacia y del vapor, en que la indiferencia práctica en religion parece atrofiar hasta los corazones más bien formados; hoy mismo, los restos de ese pueblo invisible, sin pátria, sin templo, sin altar ni sacrificio, practican una piadosa romería todos los viernes del año (ménos en el que cae durante la fiesta de los Tabernáculos), reuniéndose en una calle de Jerusalem, llamada *Plaza del Llanto*; donde van á llorar sus infortunios, grandes como el mundo, largos como los siglos, al frente de ciertos restos de antiguos muros, que creen haber formado parte del templo de Salomón reedificado por Zorobabel. . . . Y por este permiso para llorar en aquel lugar, pagan un tributo al Sultan de Constantinopla. ¡Desgraciada gente, que tiene que comprar á precio de oro el derecho de entregarse en ciertos dias á recuerdos amargos, á ilusorias esperanzas y á lágrimas inútiles, mientras no sean avaloradas por la confesion y el arrepentimiento del crimen de sus mayores!

## CAPITULO VI.

### LAS PEREGRINACIONES EN LA GENTILIDAD EN LOS PERÍODOS DE LA LEY NATURAL Y DE LA LEY ESCRITA.

Hemos indicado ántes cuál debió ser el desarrollo de las ideas y prácticas religiosas en la generacion llamada *los hijos de los hombres*, ántes del diluvio; y despues de él, entre las gentes de quienes fué separado Abraham, para ser padre de los creyentes. Esa gran mayoría de la humanidad que, olvidando al Dios verdadero se precipitó en los horrores de la idolatría, llegó á tal grado de perversion, que no es posible ni decente mencionar todos los errores prácticos en que incurrie-

ron las naciones extendidas ya por toda la tierra conocida: y el Libro sagrado, despues de haber indicado someramente los desbordamientos de corrupcion tan completa, dice: "Siendo el abominable culto de los ídolos la causa, y el principio y fin de todos los males." (Sap. XIV. 27.)

Pero aún en ese estado de perversion general y profunda, las naciones idólatras conservaron la memoria y conciencia de ciertos grandes hechos relacionados con un orden sobrenatural, y que tenian un valor y una importancia tradicional. Esos hechos fueron la creacion del mundo y la formacion del hombre; la condicion primitiva de éste en un estado feliz; su caída por el pecado primero; el reato consiguiente á la culpa; la promesa de un Redentor; la necesidad de la expiacion; la condicion ineludible de luchar contra el mal dominante y la imperiosa necesidad de implorar, de alguno y en alguna parte, el socorro contra ese mal; y el hecho, por fin, de las manifestaciones de Dios, misericordioso ó justiciero, en determinados sitios; aunque la memoria de ellos se hubiera perdido. Esto da á entender el libro de la Sabiduría en el capítulo que hemos citado; cuando al indicar los desvarios de los idólatras, les echa en cara los sacrificios de sus hijos (idea de la expiacion); las locuras de sus fiestas (culto práctico); ficcion de oráculos falsos (idea de la intervencion divina en las cosas humanas); frecuencia en sus perjurios (idea de la importancia del sello divino sobre la palabra humana.) Negar á la humanidad, aún en su parte más corrompida, ciertas nociones originarias, seria negarle la conciencia de sí misma, seria suponerla destituida de la racionalidad.

Ahora bien: la sola posesion de tales nociones implica la existencia de prácticas religiosas que sean, por decir así, su forma plástica. Entre esas prácticas debieron figurar las excursiones religiosas á puntos que no conocemos; pero que existieron. Porque existir, debió siempre lo que responde á necesidades naturales y legítimas de la humanidad; siquier ésta, en la satisfaccion de ellas tuerza malamente las vías providenciales; ó aplique torpemente el remedio á los males que trata de curar. Como de hecho aconteció cuando la mayoría de la especie se hundió en el fango de la idolatría. Esta, con sus errores y monstruosidades sin cuento, no buscó ya las glorias y misericordias del Dios verdadero, en donde y como fueron reveladas en los primeros tiempos; sino que buscó por donde quiera un algo que se proporcionara á las ficciones de la ima-

ginacion exaltada y pervertida por torpes pasiones: no buscaba á Dios, sino que fragnaba todo aquello que á la pasion conviniera tener por dios. Y corrompida la idea directa de la divinidad, se corrompió igualmente la del sacrificio, de expiacion, de expectacion de una redencion futura y de las necesarias relaciones entre el orden visible y un orden sobrenatural: se corrompieron decimos; pero no se extinguieron.

De aquí la creacion y multiplicacion de los bosques sagrados; el frecuente concurso á alturas que se tenian como santificadas; á los antros llenos del espíritu de mentira que simulaba oráculos: y posteriormente, en época no muy conocida, la ereccion de templos, á donde los individuos, las familias y los pueblos peregrinaban continuamente, ó en períodos señalados, para en ellos adorarlo todo, ménos á Dios; para implorar el socorro de toda potencia ignota, ménos el socorro de Dios; para aplacar todas las iras de la naturaleza ó del espíritu del mal, menos las justas iras de Dios.

Los persas, en su más remota antigüedad, todavía sin templos ni altares, ocurrian á determinadas alturas donde ofrecian sacrificios al sol, á la luna, al fuego, á la tierra, á las aguas y á los vientos. El templo de Júpiter Ammon en Egipto, el de Belo en Babilonia, el de Astarte en la Fenicia, las aras de Moloc entre los Ammonitas, se hicieron célebres en la oscura antigüedad por la afluencia numerosa y constante á ellos de los adoradores de la mentira, y por la suntuosidad de los cultos impíos que en ellos eran celebrados.

En épocas más trasparentes para la historia, vemos practicarse peregrinaciones y romerías religiosas al templo de la Caaba en la Meca, visitado por los pueblos de las tres Arábias desde tiempos muy remotos; el templo de Juno edificado sobre un monte, cerca de Hierápolis en la Siria, al cual concurrían muchos peregrinos de todo el imperio, para sacrificar á sus propios hijos en las fiestas solemnes; el antro de Trofonio en la Beocia, uno de los oráculos más célebres de la Grecia; el oráculo de Delfos en la Acaya; el templo de Elemir en el Atica, en donde eran celebrados los misterios de Ceres y Proserpina; el suntuoso templo de Vénus en Corinto, donde eran practicados los cultos más infames que han podido deshorrar á la humanidad pagana; la Caverna de Mitra, que subsistió entre los romanos con sus terribles misterios y diabólicas abominaciones, hasta muy entrada la Era Cristiana; el oráculo de Dafne cerca de Antioquia, consultado aún por el supersticioso

Juliano Apóstata; los juegos de Actio en la Acarnania, á los cuales concurrían principalmente los lacedemonios; el maravilloso templo de Diana en Efeso, levantado á expensas del Asia entera, gastados en su construcción doscientos veinte años de trabajo, y decorado con ciento veintisiete columnas gigantes, donadas por ciento veintisiete reyes: todos estos lugares eran visitados con frecuencia, con asiduidad por pueblos y naciones enteras, animados del espíritu religioso, corrompido, prostituido hasta no poder serlo más. Y esos cultos religiosos que vemos sostenidos por largos siglos en los pueblos más conocidos del Asia, del Africa y de la Europa, tenían lugar también con formas menos cultas y suntuosas en sociedades más bárbaras ó menos corrompidas como los escitas, los galos, los germanes, los bretones, y tantos otros en cuya nebulosa historia se ha dejado traslucir algo de sus instituciones religiosas: porque es un hecho histórico que «la devoción de las romerías ha encontrado apoyo en todas las religiones, y por otra parte, se funda en un sentimiento natural al hombre.» (Michaud Hist. de las Cruzadas.)

## CAPITULO VII.

### LAS PEREGRINACIONES GENTÍLICAS SUBSISTENTES EN LA ERA CRISTIANA.

Y por lo mismo no es extraño que, aún después de XIX siglos de Cristianismo, encontremos fuera de él persistiendo esa devoción fundada en un sentimiento natural de la humanidad, aunque pervertido en su aplicación en todo país y gente, que no habiendo sido iluminados por la luz del Evangelio, yace asentado en las sombras del error y de la muerte.

A proporción que el Cristianismo fué avanzando en la conquista del mundo, las observancias y prácticas idolátricas fueron cediendo terreno, hasta desaparecer completamente en unas partes; pero sosteniendo en otras porfiada lucha, envalentonada por la antigüedad de las supersticiones, por el número de los sostenedores de ellas, ó por la importancia que determinados intereses políticos, provinciales y comerciales habían atribuido en el curso de los siglos á tal ó cual práctica religio-

sa del politeísmo. Así se explica la tenacidad con que fué solicitada la conservación del altar de la Victoria en el Senado romano, que todavía el año de 388 fué defendida por Símaco ante Teodocio el Grande. Por una razón semejante el templo de Dafne, cerca de Antioquía, siguió muy frecuentado por los paganos á causa del oráculo que allí era consultado desde muy antiguo; hasta que, por el año 352 de nuestra Era, Galo, hermano de Juliano el Apóstata, á fin de extirpar esa superstición, mandó colocar en Dafne el cuerpo de San Babilas, obispo de Antioquía, que había muerto mártir en la persecución de Décio; y desde entonces el oráculo enmudeció, y terminaron las romerías paganas á su templo. Las acostumbradas á la Caverna de Mitra, por causa de la celebración de sus misterios, continuaron hasta el principio del imperio de Graciano (año 375), quien mandó arrasar aquel cubil infame, y destruir todos los objetos de culto que en él se conservaban. Así era como la fuerza expansiva de la verdad cristiana destruía por todas partes los monumentos del error idolátrico con sus antiguas supersticiosas observancias.

Pero ellas subsisten y se conservarán en el mundo, mientras no llegue el tiempo en que la humanidad entera doble la rodilla al pié de la Cruz de la redención. Entre tanto que no conozcan y adoren todas las naciones al Dios verdadero, ellas continuarán tributando cultos más ó menos extravagantes á falsas deidades; pero conservando en esos cultos un fondo de verdad, reflejado en esas prácticas y observancias que responden á sentimientos ingénitos en el hombre; que satisfacen necesidades de que á ningún hombre es dado ponerse á salvo. Este es un hecho de cuya verdad responden la Historia y la Geografía aún refiriéndose á las regiones menos conocidas del remoto Oriente: «Los viajeros que en el siglo anterior visitaron las regiones del Tibet, encontraron en ellas peregrinaciones concurridísimas,» dice un sábio contemporáneo. Y esta afirmación sería bastante, si no fuera nuestro propósito demostrar con hechos constantes y notorios, la *universalidad*, de esa idea religiosa, que se traduce en la piedad peregrinante: universalidad, á la cual, no teniendo que oponer en razón los enemigos de las prácticas católicas, se contentan con oponer la excepción de una *quimera universal*; sin pensar que, la universalidad de una quimera, es la quimera de la imposibilidad.

Mencionaremos, pues, detalladamente tiempos, pueblos y